



Jucio que Nos Espera

El amor que mueve el sol y las estrellas nos ama con un amor que es completamente libre y libremente completo. Nada obligó a nuestro Creador a amarnos en el principio, ni nadie obligó a nuestro Redentor a amarnos “hasta el fin”, como lo hizo en la Cruz, entregando todo por nosotros y aferrándose a nada para Él. Dios nos ama libre y completamente, Él quiere que lo amemos libre y completamente a cambio.

Las Escrituras revelan este diseño divino para nuestra felicidad cuando Dios nos ordena amarlo “con todo [nuestro] corazón, con todo [nuestra] alma, y con todas [nuestras] fuerzas”, no porque *tengamos que hacerlo*, sino porque *queremos hacerlo*. “Es por la libertad que Cristo nos ha hecho libres”, dice San Pablo. En el Verbo hecho carne, el amor de Dios irrumpe en la libertad humana como su Camino, su Verdad y su Vida.

Nuestro último aliento nos entregará a la presencia de nuestro Hacedor para dar cuenta de nuestra administración que por años Él nos confió gratuitamente. Ese Juicio inminente proyecta una sombra purgatoria hacia atrás en los hechos y fechorías de esta vida. Los recuerdos vergonzosos de lo que hice mal y de lo que no hice bien me dan amplias razones para temblar por mi destino. Si mi

memoria se fija en mi pasado lleno de pecados, sin embargo, me alinee con el juicio despiadado de Satanás, el Gran Acusador, que solo conoce el lenguaje de la condenación.

La fe levanta mi mirada hacia arriba con esperanza, porque el Juez ante el cual estaré de frente habla el lenguaje de misericordia. El nos ha mostrado Su rostro, el Santo Rostro del Redentor, y le pide al Padre “otro Paráclito”, el Espíritu Santo, que venga a nuestro lado y nos defienda. ¿Qué tipo de caso puede presentar por mí el Espíritu?

“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti”, dice el hijo pródigo en la parábola. “Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo”. Habiéndose distanciado voluntariamente de la libertad de filiación, no puede reclamar ninguna parte en la herencia familiar. Entonces, sorprendentemente, el perdón de su padre lo lleva de nuevo a ello por completo.

El Espíritu Santo suplica por nosotros, dice San Pablo, “con suspiros demasiado profundos para las palabras”. Nuestro Jesús misericordioso no deja de escuchar esta súplica desde lo profundo en favor de mi libertad herida. Él sabe cómo *he pecado*, y Él sabe cómo me he *pecado contra-lo* que otros me *hicieron* que *no deberían* haber hecho, y lo que *no hicieron* para mí que deberían haber hecho. Solo Aquel Que fue crucificado por mí puede evaluar hasta qué punto los pecados de los demás acumularon miedo e ignorancia dentro de mí, disminuyeron mi libertad y me alejaron de mi Padre Celestial. Ninguno, sino el Justo Juez puede pesar mi pecado en una

balanza correctamente equilibrada. Porque solo contra el fondo de Su amor crucificado por mí puedo ver la verdad completa de mi vida y decirle “sí” de todo corazón.

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. dijo el Nazareno cuando fue clavado en la Cruz. Tres horas más tarde, el Buen Ladrón que estaba a su lado reunió toda la libertad que pudo reunir para hacer una petición que puso fin a su vida: “Jesús, acuérdate de mí cuando entres en Tu Reino”. Una respuesta jadeante trajo a casa la verdad que lo liberó para siempre: “Este día estarás Conmigo en el Paraíso”.